



Nancy Huston  
**Marcas de nacimiento**

Traducción del francés de Eduardo Iriarte Goñi



Galaxia Gutenberg

NANCY HUSTON

# Marcas de nacimiento

Traducción de  
Eduardo Iriarte

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Lignes de faille*  
Traducción del inglés: Eduardo Iriarte Goñi

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2022

© Nancy Huston, 2006  
© de la traducción: Eduardo Iriarte, 2006, 2022  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B 144-2022  
ISBN: 978-84-18807-95-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*para Tamia y su canción*

«¿Qué era aquella quemazón, aquel asombro, aquella infinita insuficiencia, aquella dulce, aquella honda, aquella radiante sensación de las lágrimas al aflorar? ¿Qué era?»

R. M. RILKE

I

SOL, 2004

Estoy despierto.

Es como apretar un interruptor e inundar una habitación de luz.

Me sacudo el sueño, entro en la vigilia con un súbito chasquido, mente y cuerpo en perfecto funcionamiento, seis años y ya un genio, eso es lo primero que me viene a la cabeza cuando despierto.

Mi cerebro inunda el mundo, el mundo inunda mi cerebro, controlo y poseo hasta el último resquicio.

Domingo de Ramos      temprano      G. G. ha venido de visita

Mamá y papá siguen dormidos un      soleado      domingo  
sol    sol    sol    rey    sol

Sol    Solly    Solomon

Soy como la luz del sol, todopoderoso, instantáneo e invisible, fluyo sin el menor esfuerzo hasta los confines más oscuros del universo

capaz a los seis años de verlo      iluminarlo      entenderlo  
todo

En un abrir y cerrar de ojos estoy lavado y vestido, tengo el pelo peinado y la cama hecha. Los calcetines y la ropa interior de ayer están en el cesto de la ropa sucia; a finales de semana los lavaré, secaré, plancharé y doblaré mi madre, y luego volverán al cajón de arriba, listos para que los use de nuevo. Eso se llama ciclo.

Todos los ciclos tienen que ser controlados y supervisados, como el ciclo alimentario. Los alimentos circulan por el cuerpo y hacen de uno quien es, así que hay que tener cuidado con lo que se ingiere o se deja de ingerir. Yo soy excepcional. No puedo permitir que entre cualquier cosa en mi cuerpo: la caca tiene que salir del color y la consistencia adecuados, eso forma parte de la circulación.

En realidad apenas tengo hambre, y mamá se muestra muy comprensiva al respecto, sólo me da alimentos que me gustan porque circulan con mayor facilidad, yogur, queso y pasta, mantequilla de cacahuete, pan y cereales, no insiste en todo ese aspecto de comer que consiste en verduras, carne, pescado, huevos, sino que me dice que ya llegaremos a eso cuando esté listo. Me prepara sándwiches de mayonesa y me recorta la corteza, pero aun así sólo como la mitad o una cuarta parte del sándwich y ya me basta, mordisqueo el pan y humedezco los bocaditos con saliva dentro de la boca mientras los aplasto entre los labios y las encías para que se disuelvan poco a poco, porque en realidad no quiero tragármelos. Lo esencial es mantener la mente despierta.

A papá le gustaría que comiese como cualquier otro niño americano normal. Le preocupa cómo me las arreglaré en el comedor cuando empiece a ir a la escuela el otoño que viene, pero mamá dice que me recogerá y me traerá a casa a comer, ¡para eso están las madres que se quedan en casa!

Dios me dio este cuerpo y esta mente y tengo que cuidar lo mejor posible de ellos para darles el mejor uso posible. Sé que Él tiene grandes planes para mí, o de otra manera no habría nacido en el estado más rico del país más rico del mundo, con el sistema de armamento más poderoso, capaz de desatar el juicio final para toda la especie humana de un pepinazo. Por suerte, Dios y el presidente Bush son colegas. Me imagino el cielo como un inmenso estado de Texas en el firmamento, con Dios paseándose por ahí con sombrero y botas de vaquero, asegurándose de que todo vaya bien en su rancho. De vez en cuando dispara al azar contra algún planeta para pasar el rato.



Cuando sacaron a Saddam Hussein de su ratonera el otro día, tenía el pelo apelmazado y sucio, los ojos llorosos e inyectados en sangre, la barba descuidada y las mejillas chupadas. Papá, sentado delante de la tele, jaleó:

–Toma ya, eso sí que es una derrota –dijo–. Espero que todos esos terroristas musulmanes sepan lo que les espera.

–Randall –le dijo mi madre, que estaba poniéndole delante una bandeja con un vaso helado de cerveza y un cuenco de cacahuetes–. Deberíamos tener cuidado con lo que decimos. No querrás que Solly crea que todos los musulmanes son terroristas, ¿verdad? Seguro que hay musulmanes viviendo aquí en California que son muy buena gente, lo que ocurre es que no los conozco en persona.

Lo dijo en plan chistoso, pero sé que también decía la verdad. Papá echó un largo trago de cerveza y repuso:

–Sí, tienes razón, Tessie, lo siento.

Y lanzó un eructo bien fuerte que mamá decidió tomarse a broma, así que se rió.

Tengo unos padres maravillosos que se quieren, cosa que no les ocurre a la mayoría de los niños de mi parvulario. Salta a la vista que se quieren porque sus fotos de boda enmarcadas siguen en el aparador junto con todas las tarjetas de felicitación, ¡y eso que se casaron hace siete años! En realidad mamá es dos años mayor que papá, detesto reconocerlo, y desde luego no lo parece, pero tiene treinta años; algunos niños del parvulario tienen madres de cuarenta y tantos y la madre de mi amigo Brian tiene cincuenta, más que la abuela Sadie, lo que significa que lo tuvo cuando tenía cuarenta y cuatro años; qué asco, no puedo creer que la gente siga follando en la vejez. Sí, ya sé cómo se hacen los niños, lo sé todo.

En realidad fue la abuela Sadie quien escogió mi nombre. Siempre lamentó no haberle puesto a mi padre un nombre judío, así que cuando llegó la siguiente generación no quiso perder la oportunidad por segunda vez y mamá dijo que por ella no había ningún problema. Mamá es una persona de trato fácil, en esen-

cia quiere que todo el mundo esté lo más feliz posible, y supongo que Sol también puede ser un nombre cristiano.

Hasta ahí más o menos llega la influencia de mi abuela en mi vida, porque, por suerte, vive lejos, en Israel, y no la veo casi nunca salvo en las fotos que envía, que siempre son primeros planos para que no se vea que va en silla de ruedas. Digo por suerte porque si viviera un poco más cerca intentaría interferir y mangonearnos como papá asegura que hace siempre. Aunque es su hijo, le tiene aversión, pero al mismo tiempo ella lo atemoriza y no se atreve a plantarle cara, así que cada vez que viene de visita hay una tensión considerable en el ambiente, y eso fastidia a mi madre. En cuanto la abuela Sadie se vuelve, papá recupera el valor y la ataca; en cierta ocasión dijo que ella tenía la culpa de la muerte de su querido padre, Aron, que era un autor de teatro fracasado, a los cuarenta y nueve, y mamá dijo que por lo que ella sabía al padre de papá lo mató el tabaco, no su esposa, pero papá dijo que había una relación demostrada entre el cáncer y la ira reprimida, pero no sé muy bien qué significa eso de reprimida.

Mi padre vivió un tiempo en Israel cuando tenía mi edad y la ciudad de Haifa le gustó tanto que de todos los sitios para vivir en Estados Unidos escogió California, porque los eucaliptos y las palmeras, los naranjales y los arbustos en flor le recordaban aquellos buenos tiempos. Israel es también el lugar donde empezó a detestar a los árabes por causa de una chica árabe de la que se enamoró y se desenamoró allí, asunto del que no sé nada porque cada vez que habla de ello se pone todo tenso y a la defensiva e incluso para mamá es un misterio lo que ocurrió con esa novia suya de infancia.

La abuela Sadie es inválida y judía ortodoxa, a diferencia del resto de la familia. Lleva peluca porque si eres judía ortodoxa se supone que no debes enseñarle el pelo a nadie, salvo a tu marido, por si te desean y quieren follar contigo sin estar casados. Teniendo en cuenta que es viuda y va en silla de ruedas, me sorprendería que alguien la deseara y quisiera follar con ella, pero aun así se niega a quitarse la peluca. Hace poco un rabino en Florida ordenó a las judías que dejaran de llevar pelucas hechas

de pelo de indias porque en la India rinden culto a dioses con seis brazos o a cabezas de elefante o lo que sea, y su pelo queda mancillado al rezarles a esos dioses, de manera que las judías también quedarán mancilladas si se ponen pelucas hechas con ese cabello, así que tienen que comprar pelucas sintéticas nuevas «de inmediato», ordenó el rabino, pero la abuela dijo que eso era pasarse de la raya.

La silla de ruedas se debe a un accidente de coche en que se vio implicada hace años, aunque desde luego no le impide ir de aquí para allá: ha estado en más países que todos los demás de la familia juntos. Es una famosa conferenciante y su propia madre, Erra (a saber, mi bisabuela, a la que yo llamo G. G.), es una famosa cantante, y cuando papá tenga tiempo de alistarse para ir a Irak será un famoso héroe de guerra, y es asunto mío decidir en qué quiero hacerme famoso, aunque no supondrá el menor problema: la fama me viene de familia.

A diferencia de mi padre, cuya madre siempre estaba ausente perorando en universidades cuando él era pequeño, yo tengo una madre excelente que decidió quedarse en casa por voluntad propia y no porque ése fuera el destino de la mujer en otros tiempos. Se llama Tess, pero yo la llamo mamá. Todos los niños llaman a sus madres mamá, claro, y a veces en el parque otro niño grita «¡mamá!» y mi madre se vuelve, pensando que soy yo. Me parece increíble que me confunda con otro. «Es como cuando suena el móvil de otra persona con el mismo tono que el tuyo —dice—. Prestas atención y enseguida caes en la cuenta: no, no me buscan a mí.»

No es como un móvil. Mi voz es MI VOZ. Yo soy único.

En el parvulario y en todas partes, asombro a todo el mundo con mis aptitudes para la lectura porque mi madre me enseñó a leer cuando no era más que un bebé. Le he oído contar la historia mil veces, cómo estaba en la cuna y me enseñaba tarjetas con palabras impresas y pronunciaba las palabras, cosa que hizo durante períodos de veinte minutos tres veces al día prácticamente desde mi nacimiento, de manera que aprendí a hablar y leer casi a la vez, y ni siquiera recuerdo cuándo no sabía leer. Mamá dice que tengo un vocabulario impresionante.

Papá está ausente de la mañana a la noche todos los días entre semana porque tiene más de dos horas de trayecto en cada sentido hasta su trabajo en Santa Clara, en un puesto de programador informático a un nivel muy exigente. Tiene un sueldo excelente, así que somos una familia de las de dos coches: «¡Tenemos más coches que hijos!», comentan a veces entre risas, porque mamá es de una familia en la que había seis hijos y sólo un coche. Su familia era católica, lo que suponía que a mi abuela no se le permitía optar por la planificación familiar, así que siguió teniendo críos hasta que se metieron en serios aprietos económicos y entonces dejó de tenerlos. Mi padre había sido educado como judío, de manera que cuando él y mamá se enamoraron, decidieron buscar una Iglesia a medio camino entre la católica y la judía, y al final se decidieron por la protestante, de modo que la planificación familiar les está permitida, lo que, en resumidas cuentas, significa que la mujer toma una pastilla y el marido puede follar con ella tanto como quiera sin meterle bebés en el vientre, razón por la que soy hijo único. Mamá quiere tener otro hijo algún día y papá dice que deberían poder costárselo de aquí a uno o dos años, pero por muchos hijos que tengan no me preocupa la rivalidad entre hermanos: Jesús también tenía un montón de hermanos y nunca se habla de lo que hicieron ellos con su vida; sencillamente no hay comparación.

Una vez al mes mi papá asiste a una reunión de hombres donde hablan de lo que supone ser hombre hoy en día, desde que las mujeres empezaron a trabajar. No sé muy bien para qué necesita ir a ese grupo, teniendo en cuenta que mi madre no trabaja, pero sea como sea, se turnan para salir a la palestra y contar la verdad acerca de sus problemas, y luego se supone que deben seguir el consejo del grupo, y si lo desobedecen son castigados con un montón de flexiones y a veces el grupo entero sale por ahí a hacer cosas de hombres, como ir de excursión, maldecir y dormir a la intemperie y soportar picaduras de mosquito porque los hombres tienen más aguante que las mujeres.

Desde luego me alegro de haber nacido niño, porque es mucho menos habitual que sean violados los niños que las niñas, salvo si son católicos, cosa que no somos.

En la página Sollozoweb con la que me topé un día cuando buscaba en Google imágenes de la guerra de Irak se ve gratis a cientos de niñas y mujeres siendo brutalmente violadas, y pone que fueron agredidas de verdad delante de las cámaras. Desde luego no parece que lo hayan disfrutado, sobre todo cuando están amordazadas y atadas. A veces los hombres no sólo se las follan por la boca o la vagina o el ano, sino que hacen como que les cortan los pezones con cúteres, aunque no se ven pezones realmente cortados, así que igual es todo un montaje. Mohamed Atta y los otros terroristas del 11-S también usaron cúteres de éstos cuando estrellaron los aviones contra las Torres Gemelas cuando yo tenía tres años. Todavía recuerdo a papá llamándome para que viera caer las torres una y otra vez mientras él decía «putos árabes» y bebía cerveza.

Tengo mi propio ordenador pequeño en la mesa de mi cuarto, rodeado por todos los peluches y libros ilustrados, los dibujos del parvulario esmeradamente pegados en la pared con cinta adhesiva Magic ©Scotch, que no rompe el papel pintado cuando la quitas, y también mi nombre en letras de madera sobre ruedas -S-O-L-, que mamá se tomó el trabajo de cubrir con pan de oro para que reluzca en todo momento. El ordenador me permite jugar por mi cuenta porque no tengo hermanos, razón principal por la que me lo compraron, para que no me sintiera solo. Puedo jugar al Scrabble y las damas, serpientes y escaleras y un montón de estúpidos jueguecillos de ordenador para críos, en los que se puede disparar a gente que intenta trepar por fachadas de edificios y verlos caer al suelo girando y entonces obtienes puntos, o lo que sea. Pero teniendo en cuenta que mi habitación está al lado de la de mis padres, y teniendo en cuenta que tengo un perfecto control de mi cuerpo y soy capaz de andar de puntillas sin hacer el menor ruido, es pan comido colarme en el ordenador de mamá mientras ella hace las tareas de la casa en la planta baja y conectarme a Google y enterarme de lo que ocurre en el mundo real.

Tengo una mente inmensa. Siempre y cuando mantenga el cuerpo limpio y la comida circulando como es debido, puedo

procesar toda la información que sea necesaria, puedo ser el presidente Bush y Dios combinados, engullendo Google a todo trapo. Papá me contó que la palabra *gúgol* significaba el mayor número que fueras capaz de imaginar –uno seguido de un centenar de ceros–, pero ahora es más o menos lo mismo que infinito. Basta con descargar y puedes ver a las chicas siendo violadas o folladas por el ano por caballos o perros o lo que quieras, clic, clic, clic, con lefa de animal derramándoseles de la boca medio sonriente. Mamá casi nunca utiliza el ordenador y además canta mientras pasa el aspirador, así que cómo va a oírme darle al ratón con la mano derecha mientras me llevo la mano izquierda a la entrepierna para sobarme. Tengo la mente desbocada el estómago casi vacío soy una máquina excitante. No me está permitido, pero es fácil ser dos personas y un millar de personas además de todos los animales; todo irá bien siempre y cuando todo esté minuciosamente controlado, planificado y estructurado.

¿acaso papá...?

por suerte, soy un niño

Los cadáveres de soldados iraquíes tirados en la arena son una de mis cosas preferidas sobre las que clicar. Es toda una serie de diapositivas. A veces ni siquiera sabes qué partes del cuerpo estás viendo. ¿Torsos, tal vez? ¿O piernas? Están algo así como envueltas en jirones de ropa y tiradas en la arena, cubiertas en parte por la arena que ha absorbido su sangre, todo está muy reseco. Se ven soldados americanos en torno a ellos, mirándolos mientras piensan: «Eso podría ocurrirle a cualquiera... ¿Era eso un ser humano?».

Cuando era muy pequeño y mi padre trabajaba cerca de casa en Lodi, en un empleo que no estaba tan bien pagado pero al que no tardaba tanto en llegar, me cantaba a la hora de acostarme, al tiempo que me daba un vapuleo tal como acostumbraba hacer su padre con él. Ahora por lo general estoy dormido cuando llega a casa, así que ya no me canta, pero sé que sigue que-

riéndome tanto como antes y sencillamente se deja la piel para que podamos seguir manteniendo un buen nivel de vida y pagando la hipoteca de una casa con garaje de dos plazas en una de las zonas más acomodadas del país. Mamá dice que es para estar orgulloso, por mucho que yo eche de menos el momento de acostarme con papá.

Sea como sea, una de las canciones que más me gustaba que cantase se titulaba «Huesos secos»:

E-ze-quiél gritó: «¡Esos huesos secos!».

E-ze-quiél gritó: «¡Esos huesos secos!».

E-ze-quiél gritó: «¡Esos huesos secos!».

Oh, escucha la palabra del Señor.

El hueso del pie unido al... hueso de la pierna,

el hueso de la pierna unido al... hueso de la rodilla,

el hueso de la rodilla unido al... hueso del muslo...

Iba dándome palmadas cuerpo arriba, cantando en semitonos, y luego volvía a bajar. Me encantaba, y siempre pienso en esa canción cuando veo a los soldados iraquíes o las fotografías de gente partida en dos en un accidente de tráfico, en plan, vaya, esto no hay quien lo arregle, ni siquiera Dios cuando llegue al cielo, ¿sabes a qué me refiero? Este torso está... solo por completo. Este hueso de la pierna va unido a... nada en absoluto. Da bastante miedo porque cuando eres pequeño y ves dibujos animados de los de antes en la tele, ves a personajes como Tom y Jerry, o Bugs Bunny o el Correcaminos aplastados por piedras enormes, golpeados y machacados por hormigoneras, troceados y cortados en cubitos por ventiladores eléctricos o cayendo en picado por precipicios para espachurrarse cual tortitas en la autopista, y luego, un par de segundos después, están de una pieza y listos para pasar a la siguiente aventura, pero en el caso de esos soldados iraquíes, está claro que no tienen más aventuras por delante.

Mamá se opone radicalmente a la violencia, reacciona de una manera emocional al respecto, lo que es normal porque las

mujeres siempre son más emocionales que los hombres. No es más que una persona extremadamente positiva y no veo razón para destrozarle las ilusiones. Supervisa todo lo que veo en la tele, lo que significa un sí para *Pokemon* y un no para *Inuyasha*, un sí para *Los osos Gummi* y un no para *Los Simpson*. Por lo que respecta a las pelis, dice que aún soy un poco pequeño para *Harry Potter* y *El señor de los anillos*, lo que resulta increíble. Recuerdo que ni siquiera quiso que viera *Bambi* cuando mi amiga Diane del parvulario me regaló el DVD por mi quinto cumpleaños; aunque no es más que una vieja peli de dibujos animados, temía que me disgustase la escena en que muere la madre de Bambi. Cree que soy muy pequeño para saber lo que es la muerte, así que hago todo lo posible para protegerla. La semana pasada vimos un gorrión muerto en la cuneta y ella empezó a acariciarme el pelo mientras decía: «No pasa nada, cariño, ahora está en el cielo con Dios», y yo me aferré a su pierna y sollocé para que se sintiera mejor.

Para ella, Arnold Schwarzenegger no es más que el gobernador de California. No ha visto ninguna de sus películas, pero yo sí, gracias a mi amigo Brian, o a sus padres, más bien. Tiene cantidad de vídeos viejos en la sala de juegos en el sótano, los tres *Terminator* y *Eraser (Eliminador)*, además de *Daño colateral*, por no mencionar la colección completa de *La guerra de las galaxias* y también *Godzilla*, que es como una nueva versión, o más bien una versión previa, del T-T-S, con los rascacielos de Manhattan viniéndose abajo y los neoyorquinos corriendo en todas direcciones presas del pánico. Las vemos cuando nos viene en gana porque la madre de Brian no es de las que se quedan en casa y a su canguro no le importa, siempre y cuando pueda pintarse las uñas de los pies y hablar con su novio por el móvil. Schwarzenegger en plan robot es superguay, es invencible e indestructible, si se le daña la cobertura humana no tiene reparos en abrirse el brazo de un tajo o cortarse los ojos con un escalpelo, así que no me voy a poner nervioso por lo de la operación del lunar el mes de julio próximo.



Papá no es atleta ni deportista ni remotamente, pero en verano juega al *softball* con vecinos de su edad. Se lo toma muy en serio porque era una de las cosas que tenía en común con su padre cuando vivían en Nueva York. Me compró un juego que se llama Base, lo que significa que hay un soporte para colocar la pelota de plástico y te entrenas golpeándola con un bate de plástico, alguien corre a buscarte la pelota y luego empiezas otra vez. Durante los partidos de *softball* de papá, mamá y yo jugamos al Base juntos. A algunas amigas de mamá les sorprende verla correr para recuperar la pelota ciento setenta y cinco veces seguidas, a la vez que aplaude, me anima y dice: «¡Hurra, Sol! ¡Bien hecho!» todas y cada una de las veces. Creen que debe de resultar aburrido, pero yo sé que no; tiene que ver con lo mucho que me quiere. En vez de alardear ante ellas del gran destino que tengo por delante, se limita a encogerse de hombros y decirles que así quemaba calorías.

Empezaré a ir a la escuela de verdad en otoño y tengo intención de escucharlo todo, anotarlo todo y obtener unas calificaciones destacadas sin dejar de pasar inadvertido; de momento, no quiero que nadie sepa que soy el Rey Sol, Único Sol e Hijo Único, Hijo de Google, Hijo de Dios, Hijo Eterno y Omnipotente de la World Wide Web. WWW vuelto del revés es MMM: aparte de Mi Milagrosa Madre, a la que he permitido algún que otro breve atisbo, nadie tiene la menor idea de la luminosidad, el resplandor, la fabulosa radiactividad de mi cerebro que un día transformará y restablecerá el universo.

Sólo tengo un defecto: el lunar en la sien izquierda. Es del tamaño de una moneda de veinticinco centavos, redondo y con relieve, pardo y veloso. Un diminuto defecto, pero en la sien de Solomon hay que eliminar hasta los defectos diminutos. Mamá está haciendo preparativos para que me lo extirpen quirúrgicamente en julio. Papá se opone un poco, pero probablemente ya esté en Irak para entonces.

La guerra de Irak hace casi dos años que terminó pero siguen muriendo cantidad de soldados americanos allí, y cuando papá se disgusta por ello mamá intenta cambiar de tema con delicadeza y hacerle pensar en algo agradable. «No tiene ningún sentido enfurecerse por cosas que no puedes cambiar, Randall –le dice–. Lo único que podemos hacer es procurar que este mundo siga siendo un lugar tan seguro como sea posible, cada uno a su propio nivel. El presidente Bush está cumpliendo con su deber, tú estás cumpliendo con el tuyo y yo con el mío.»

El deber de mamá es mantenerme a salvo, y creo que probablemente tenemos la casa más segura del planeta. Está «probada para niños», una expresión de mi madre que me explicó hace un par de semanas. (Siempre insiste en explicarme las cosas tan plena, sincera y claramente como sea posible, y en cuanto me dice algo lo asimilo de una vez por todas, igual que si lo hubiera inventado yo mismo.)

–Nuestra casa está probada para niños –dijo–, lo que significa que hemos hecho todo lo que está en nuestra mano para que sea segura para los niños.

–Y nuestra verja es a prueba de ladrones –comentó papá–, lo que significa que hemos hecho todo lo que está en nuestra mano para que sea segura para los ladrones.

–No, no –dijo mamá–. Hay una diferencia entre «probada para» y «a prueba de». Un paraguas es «a prueba de» agua, lo que significa que la lluvia no puede atravesarlo.

–Y mi whisky lo pruebas y tiene cincuenta grados –bromeó papá–, lo que significa que no puede beberlo nadie de más de cincuenta.

Mamá rió porque papá seguía intentando hacerse el gracioso, pero su manera de reír dejó bien a las claras que tenía que dejar de interrumpirla; luego pasó a explicarme cómo habían protegido la casa. Por ejemplo, todos los enchufes están cubiertos por si intento meter los dedos y me electrocuto con el pelo de punta en todas las direcciones y los ojos desorbitados como un gato de dibujos animados o como uno de esos tipos a los que manda a la silla eléctrica el presidente Bush por estar en el Corredor de la Muerte. Han colocado esquinas redondeadas de

plástico blando en todas las mesas y encimeras con ángulos rectos de la casa para que no me golpee la cabeza y me haga una herida profunda de la que salga sangre a borbotones, y luego tengan que llevarme a toda prisa al hospital y ponerme puntos mientras mis padres se quedan junto a mi cama, mesándose los cabellos, atormentados por la angustia y el remordimiento. Asimismo, los quemadores de la cocina tienen un mecanismo de bloqueo especial para que no pueda encenderlos por accidente y quemarme al meter la mano en la llama o prender fuego a las cortinas, lo que haría arder la casa entera y me convertiría en un montoncito de carne carbonizada, como un soldado iraquí entre las ruinas humeantes de nuestra casa, sobre la que papá acaba de obtener una segunda hipoteca. Incluso el retrete está probado para niños, de manera que la tapa no se me caiga encima del pene mientras hago pipí, lo que, supongo, dolería un montón. Cuando quiero hacer caca tengo que llamar a mamá para que desenganche un gancho y baje la tapa con sumo cuidado.

Mamá está al tanto de todo esto gracias a un curso que siguió sobre relaciones paternofiliales. No trataba sólo sobre protección para niños, también incluía otros aspectos, como que hay que respetar a los niños y escucharlos y no tratarlos como si fueran idiotas estúpidos, tal como solían tratar los padres a sus hijos en otros tiempos. Tengo que reconocer que mamá nunca me ha hecho sentir como un idiota. Es como lo de María y Jesús. María nunca se oponía a ninguno de los deseos de Jesús porque sabía que a su hijo lo esperaba un destino especial, así que guardaba todas esas cosas en su corazón y las sopesaba. La principal diferencia es que no tengo intención de acabar clavado a una vieja cruz cualquiera.

Mamá siempre viene a rezar conmigo a la hora de acostarme. Inventamos una oración especial cada noche: le pedimos a Dios que nos ayude a llevar la paz a Irak y hacer que todos los iraquíes crean en Jesús, o nos centramos especialmente en la salud y la felicidad de los miembros de nuestra familia, o damos gracias a Dios por proporcionarnos un barrio tan agradable para

vivir. Rezar es una especie de conversación privada entre tú y Dios, sólo que en realidad no oyes las respuestas, sino que debes confiar en ellas.

–Para mí eres lo más importante del mundo –me dijo una vez mamá cuando me daba un beso de buenas noches después de rezar.

–¿Más importante que papá? –le pregunté.

–Ah, no hay comparación –contestó entre risas, y no sé con seguridad lo que significaba su risa, pero me dio la sensación de que era un «sí».

Creo que en esencia ve a papá como el sostén de la familia y una ayuda en casa, y discuten las cosas importantes, como si podrán permitirse una cocina nueva el año que viene, pero al mismo tiempo mamá tiene plena conciencia de los defectos de papá. Por ejemplo, es de esos que a veces pierden los estribos de una manera impredecible. Una vez fuimos los tres al Parque Nacional Sequoia; era un bonito día de octubre, estábamos todos de buen humor y algo así como paseando tranquilamente por la carretera cogidos de la mano. La naturaleza era tan hermosa que papá empezó a sentir nostalgia de cuando vivía en el Este, así que empezó a contarme cómo una vez su padre y él se fueron juntos a Vermont y durmieron en el campo, pero como mi madre nos quiere tanto siempre trata de asegurarse de que no nos pille un coche o una camioneta, así que en cuanto oye que se acerca uno a un kilómetro siempre nos dice que tengamos cuidado de quedarnos en el borde de la carretera, y eso interrumpía una y otra vez el hilo de los pensamientos de papá hasta que al final lo dejó y masculló:

–Bah, olvídalo.

–Ay, cariño, lo siento mucho –dijo mamá–, sigue con la historia, por favor. Sencillamente tenemos que asegurarnos de que Solly sepa lo importante que es apartarse de la carretera cuando oye venir un coche, eso es todo.

Pero papá se negó a contarnos lo que había ocurrido aquel día en Vermont.

U otra vez que estábamos en casa, ya habían cenado y yo no tenía ganas de probar bocado, así que no me senté a la

mesa, y luego subimos a ver una película familiar no violenta en la tele y a mitad de la peli empecé a tener un poco de hambre, así que le pedí a mamá que me trajera algo de comer. Bajó y me trajo una bandeja con leche y galletas, cosa que le agradecí de veras porque se estaba perdiendo la mejor parte de la película, le di las gracias, pero de pronto, sin que viniera a cuento, papá gritó:

–Tess, ya va siendo hora de que dejes de desvivirte por tu hijo. ¡Eres su madre, no su esclava! ¡Ser su madre significa que tú estás al mando, tú tienes la autoridad, no él, por el amor de Dios!

Y a mamá le sorprendió tanto que se expresara así, sobre todo pronunciando el nombre de Dios en vano, que las manos le temblaron cuando me dejó la bandeja delante.

–Ya hablaremos de eso luego, Randall –dijo.

En el curso de relaciones paternofiliales probablemente le dijeron que no era buena idea que los niños estuvieran presentes en las peleas conyugales de los padres. Mamá ha seguido toda clase de cursos sobre meditación y pensamiento positivo, relajación y autoestima, y ha llegado a ser una experta en el asunto, así que luego, en la cama, los oí hablar de lo ocurrido y hacer el intento de precisar con exactitud cuándo había empezado a aumentar la tensión en el transcurso de la velada.

–¿Quizá te ha recordado alguna escena de tu propia infancia? –sugirió ella con suma delicadeza. Papá lanzó un gruñido—. ¿O tal vez, en cierto modo, estás celoso porque tu madre nunca se ocupó de ti como me ocupo yo de Solly?

Unos cuantos gruñidos más y murmullos y suspiros reacios por parte de papá.

Supongo que se las arreglaron para resolver sus diferencias conyugales, aunque debo decir que nunca los he oído follar a pesar de que mi habitación está al lado de la suya, separada únicamente por una puerta de madera contrachapada. Igual la gente casada folla en silencio, a diferencia de lo que se ve en las páginas web de XXX Brutal, en las que jadean y braman.

Una cosa en la que mis padres están de acuerdo por completo es en que nunca se me debe abofetear, azotar o someter a ninguna clase de castigo corporal. Eso es porque han leído cantidad de libros en los que se demuestra que los niños maltratados se convierten en padres maltratadores; los niños que han sufrido abusos, en pedófilos, y los niños violados, en chulos y prostitutas. Así que lo importante es que siempre hay que hablar, hablar, hablar, preguntarle al niño por qué se ha portado mal y darle la oportunidad de explicarse antes de indicarle, siempre con la mayor delicadeza, cómo puede portarse mejor la próxima vez. No hay que pegarle nunca.

A mí me parece un principio excelente, y aquello en lo que más difiero con respecto a Jesús es en lo de poner la otra mejilla y dejar que otros te hagan daño. Yo, en el lugar de Jesús, cuando los soldados romanos vinieron a detenerlo no les habría permitido atarme las manos a la espalda sin plantarles cara, por no hablar de lo de ponerme una corona de espinas, escupirme a la cara o flagelarme. Ahí es donde Jesús cometió el gran error, a mi modo de ver, que dio con sus huesos en la cruz.

Mamá me lo ha dejado bien claro:

–Nadie tiene derecho a levantarte ni un solo dedo, Solly –me dice, lanzándome una intensa mirada a los ojos–. Nadie sobre la faz de la tierra. ¿Me oyes?

Y yo asiento con solemnidad y pienso: «Vaya, por suerte somos protestantes», porque a los pastores protestantes (como a los rabinos judíos) se les permite casarse y follarse a sus mujeres, de manera que no abusen de niños ni se los follen como hacen los sacerdotes católicos, según han estado diciendo en las noticias estos días.

Sea como sea, hasta el momento sólo una persona en el mundo se ha atrevido a transgredir esta regla sobre el castigo corporal, concretamente el padre de mi propia madre, el abuelo Williams, y dudo que vaya a hacer ningún otro intento en el futuro próximo. El verano pasado fuimos de vacaciones a su casa en Seattle, lo que (ir de visita a casa de otros) ya supone un gran problema debido a las comidas: nadie cocina como a mí me gusta y la abuela Williams se niega a cambiar su manera de

hacer la comida, así que mamá tiene que ir de compras a diario sólo para mí.

Una tarde, mamá y papá se fueron al cine y mi abuelo me llevó al parque del barrio. Él no tiene un juego de béisbol con soporte como nosotros, y cuando mamá se lo describió, dijo:

—¡Anda ya, es hora de que este granujilla juegue como es debido!

Así que lo que traje fue bate, guante y pelota de *softball* de los de verdad, y aunque a los cinco yo ya era muy fuerte y tenía buena coordinación para mi edad, el bate pesaba una tonelada en comparación con el de plástico. Me había colocado en el plato, el abuelo estaba en el montículo del lanzador, me tiraba una pelota increíblemente rápida y fuerte tras otra y yo fallaba una y otra vez.

—¡*Strike* uno, *strike* dos, *strike* tres, eliminado! —me dijo, cosa que me enfureció, así que le tiré el bate.

No le di ni de lejos, pero aun así se le salieron los ojos de las órbitas cuando lo vio y se puso a gritarme.

—¿Qué demonios te has creído? —me dijo, cosa que me pareció profundamente ofensiva, con una palabra como «demonios», que no debe utilizarse en presencia de niños.

Fue a recoger el bate, me lo traje y dijo con expresión seria:

—Escucha, Sol. Ya sé que estás acostumbrado a los bates de plástico, pero los de madera pueden ser sumamente peligrosos. Así que no vuelvas a hacer eso nunca, ¿me oyes? ¿De acuerdo? ¿Seguimos?

—Vale —le dije, pero me disgustaba cómo estaba yendo la tarde, con mi propio abuelo humillándome, por lo visto sin darse cuenta de que yo era el Número Uno y que su obligación era decir: «¡Hurra, Sol! ¡Bien hecho!», tal como hace mamá, en vez de hablarme con semejante condescendencia.

Empezamos de nuevo, pero el abuelo seguía lanzándome esas malintencionadas pelotas con efecto y, como estaba tan enfadado, yo bateaba con menos tino aún que antes.

—¡*Strike* uno, *strike* dos, *strike* tres, eliminado! —me dijo, y esta vez, cuando pronunció la palabra «eliminado», me sulfuré

y volví a tirar el bate con todas mis fuerzas, sin importarme adónde iba, y fue a darle en el pie.

Aquello no pudo hacerle mucho daño, pero desde luego le hizo perder los estribos. Se acercó a largas zancadas, me cogió por la muñeca y me levantó hasta que prácticamente quedé suspendido en el aire y entonces –«toma, toma, toma»– me pegó en el culo tres veces con la palma de la mano.

Me quedé estupefacto. El escozor en el trasero se propagó directamente a la corriente sanguínea, algo así como una cerilla encendida en contacto con gasolina. Prendió y entré en erupción como un volcán, desbordándome en un candente grito tras otro de ira e indignación porque nadie tiene derecho a levantarle ni un solo dedo a Solomon. Saltaba a la vista que el abuelo estaba horrorizado ante el lío en que se había metido con su «toma, toma, toma», y yo no tenía intención de parar porque quería darle una lección de una vez para siempre. Berreé durante todo el camino a casa en el coche, y cuando aparcó en el sendero de entrada y me llevó de vuelta a la casa grité con tanta fuerza que los vecinos debieron de preguntarse a quién estaban asesinando. Las preguntas angustiadas de la abuela, sus palabras tranquilizadoras y sus gestos de consuelo no consiguieron acallarme, y aún estaba gritando cuando mamá y papá volvieron del cine una hora después.

Mamá se abalanzó hacia mí presa del pánico y me cogió en brazos y entonces guardé silencio de inmediato.

–¡Solly, Solly! ¿Qué ha pasado?

Cuando le dije que su padre me había azotado en las nalgas, noté su cuerpo entero tensarse y supe a ciencia cierta que el abuelo iba a arrepentirse de lo que había hecho.

–¿Has puesto la otra mejilla? –preguntó papá.

–Randall –le advirtió mamá con aspereza–. No tiene gracia.

Hicimos el equipaje y nos fuimos de su casa sin esperar siquiera a la cena. Mientras papá iba al volante de regreso a California, mamá intentó explicarme un poco el asunto para que no odiara a su padre durante el resto de mi vida.

–Tiene ideas anticuadas sobre la educación –me dijo–. Así lo criaron y así crió él a sus propios hijos, de manera que tienes que



perdonarlo. Además, ¡no olvides que éramos seis! Si no hubiera tenido cuidado con la disciplina, esa casa se habría convertido en un pandemonio.

Aun así, estoy casi seguro de que mamá no volvió a dirigirle la palabra a su padre hasta que él le envió una disculpa por escrito, junto con la promesa solemne de que no volvería a pegarme.

SOY PODEROSO.

Todo eso ocurrió el verano pasado, cuando tenía cinco años y medio. Era la parte de la familia de mamá. Ahora he cumplido seis años y es domingo de Ramos (que es cuando Jesús regresó a Jerusalén en burro, un gesto no demasiado acertado por su parte) y nos las estamos viendo con la parte de la familia de mi padre. G. G. llegó ayer en avión de Nueva York. Mi padre se lleva mucho mejor con G. G. que con la abuela Sadie, que es su propia madre; de hecho, casi adora a G. G., pero mamá tiene muchas reservas sobre ella: por un lado porque fuma y por otro porque no va a la iglesia.

Cuando salgo a la galería ya está allí, sentada en la mecedora blanca de mimbre con un libro en una mano y un purito en la otra, el pelo blanco en mechones de punta reluciente al sol.

No me hace gracia que ya esté levantada.

Quiero ser siempre el primero en levantarme, el que da la bienvenida al día y lo crea.

–Buenos días, querido Sol –dice, al tiempo que mira el reloj de pulsera y pone el punto de libro entre las páginas–. ¡Dios santo, apenas son las siete, sí que eres un pájaro madrugador! Yo tengo excusa, es el desfase horario.

No me digno en responder. Se cruza en mi camino, me atasca los procesos de razonamiento; ojalá pudiera coger un mando a distancia y apagarla.

–Hablando de pájaros madrugadores –continúa, y me indica que me acerque con un gesto–, ¡ven aquí!

Cruzo la galería a paso perezoso, arrastrando los pies para que no piense que estoy interesado en lo que quiere enseñarme, sea lo que sea.

—¡Mira! —susurra, a la vez que me aúpa a su regazo y señala hacia un hibisco en el jardín justo a nuestros pies—. ¡Mira! ¡No es *exquisito*?

Miro, y veo un ruiseñor que revolotea entre las flores de un intenso color escarlata. Pero por regla general no me gusta que la gente me llame la atención sobre las cosas: habría reparado en ese ruiseñor yo solito si G. G. no hubiera estado presente.

—¡Y mira, cariño! —vuelve a decir, y señala—. ¡Ahí, la diadema!

En contra de mi voluntad, miro con los ojos entornados el resplandor dentado del sol naciente y veo una telaraña suspendida entre dos barras de la verja del jardín, todas y cada una de sus líneas relucientes con gotas de rocío cual diamantes. Eso también lo habría visto si me hubiera dado tiempo, si no hubiera salido aquí antes que yo, si no se hubiera empeñado en señalarlo todo primero para ganarme. Se mece un poco en la mecedora conmigo, mientras me canta «Una arañita pequeñita» como si fuera un crío de dos años o algo así. Su voz es asombrosa al margen de lo que cante, desde luego, pero estoy incómodo en su regazo porque me parece sucia. Su cuerpo desprende intensos olores a sudor, humo de puro y vejez. ¿No se duchó al llegar anoche? Para cumplir los designios de Dios tengo que permanecer limpio, eso lo sé. Así que me descuelgo como mejor puedo de su regazo y bajo la escalera, como si tuviera algún asunto importante del que ocuparme en el cajón de arena que tengo al otro lado del jardín.

Como G. G. está de visita y aún quedan un par de horas antes de ir a misa, mamá prepara en un dos por tres un desayuno fabuloso con tortitas y salchichas, huevos revueltos y jarabe de arce, macedonia, café y zumo de naranja. Todos nos tomamos de la mano en torno a la mesa, inclinamos la cabeza y mamá la bendice:

—Por esto y por todos tus dones, Señor, te estamos sinceramente agradecidos.

Papá y yo respondemos «amén» al unísono con ella y G. G. guarda silencio. Entonces mamá y papá me besan y me aplau-

den, una tradición familiar que iniciaron la primera vez que dije «amén», cuando era un crío, y luego cogieron la costumbre de hacerlo cada vez que se bendecía la mesa, de manera que ahora se ha convertido en parte integrante de la ceremonia, lo que supone que se festeja al mismo tiempo a Dios y a Sol.

A G. G. le sorprende que sólo me ponga una tortita, cortada por mi madre en trocitos diminutos que absorbo de uno en uno, haciéndolos rodar lentamente entre los labios y las encías en vez de masticarlos, a menudo subiendo a mi cuarto entre un bocado y otro.

—¿No te quedas en la mesa con nosotros, Sol? —me pregunta cuando me dirijo a la escalera.

—Ah, no —responde mamá por mí—. Sol siempre ha sido un poco peculiar con la comida. No prestes atención a sus paseos: está bien. Nos aseguramos de que siga una dieta equilibrada.

—No era eso lo que me preocupaba —dice G. G.—. Sencillamente me parece que sería agradable que nos hiciera compañía.

—Es quisquilloso con la comida —comenta papá—. Y como Tess cede a todos sus caprichos, no parece que vaya a cambiar.

—Randall —dice mamá—, ¿te parece una manera agradable de plantearlo... en público?

En ese momento cierro la puerta de mi habitación y para cuando vuelvo a salir han cambiado de tema; ahora hablan sobre mi lunar. Mamá debe de haberle contado a G. G. sus planes para que me lo extirpen este verano, y G. G. está atónita.

—¿Extirparlo quirúrgicamente? —exclama, y deja el tenedor—. ¿A los seis años? ¿Para qué?

—Mi querida Erra —dice mamá con semblante de dulzura y paciencia—. Randall ha visitado prácticamente todas las páginas web que hay sobre el asunto de los nevos pigmentados congénitos, y créeme, hay unas cuantas buenas razones para que se lo extirpen ahora.

—Pero Randall —dice G. G., y se vuelve hacia mi padre—. No puedes..., no vas a dejarle que lo haga, ¿verdad? ¿Qué me dices de tu murcielaguito? ¿Te hubiera gustado que Sadie te lo extirpara?

(Eso tiene que ver con un juego que tenían cuando papá era un crío, en el que su lunar, que está ubicado en el hombro izquierdo, era un murcielaguito velloso que solía hablarle y susurrarle consejos al oído. G. G. también tiene un lunar —en el pliegue del codo izquierdo—: eso es lo que significa congénito, que se transmite de una generación a la siguiente, aunque aparece en diferentes partes del cuerpo y se ha saltado una generación; la abuela Sadie no tiene ninguno.)

—Erra —dice mamá—. Perdona, pero es necesario alejarse del mundo de las metáforas en este caso. Sé que tú y Randall siempre les habéis tenido un afecto especial a vuestros lunares, que han sido una especie de vínculo secreto entre vosotros, pero lo de Solly es un asunto distinto por completo. Así que déjame que te lo explique de una manera realista. Razón número uno: puesto que el lunar es extremadamente visible, prácticamente en la cara, podrían reírse de él en el colegio; aunque no sea el caso, es posible que lo cohíba y le provoque un complejo de inferioridad. Razón número dos: a diferencia de vosotros dos, Sol tiene lo que se conoce como «lunar fastidioso». Al estar justo en la confluencia de la sien y la mejilla, cuando empiece a afeitarse de aquí a diez años o así, el contacto diario con la cuchilla lo irritará. La razón número tres, con mucho la más importante, es, claro está, el riesgo de desarrollar un melanoma. No me hace ninguna gracia tener que decirlo, pero teniendo en cuenta que el padre de Randall murió de cáncer, hay un historial familiar que hace a Solly mucho más vulnerable a esa posibilidad. Como te decía, Erra, hemos leído mucho al respecto. También hemos consultado a una serie de especialistas, y hemos tomado la decisión de que preferiríamos no correr ese riesgo.

—Ah —dice G. G.

—Tenemos dos opciones —explica papá—. Una biopsia por surrado y una biopsia por extirpación. La extirpación requiere cortes más profundos pero prácticamente elimina la posibilidad de que desarrolle un cáncer más adelante. Creo que vamos a decantarnos por eso.

—Ah —dice G. G.

–Eso no cambia nada con respecto a nuestros lunares –continúa papá en tono tranquilizador–. Solly nunca ha sentido nada especial por su lunar, ¿verdad, Solly?

–Claro que sí –digo.

–Ah, ¿sí? –pregunta papá, un tanto asombrado–. ¿Y eso?

–Me produce un sentimiento negativo.

–¿Lo ves? –dice mamá, triunfante–. ¡La razón número cuatro! Así que hemos programado la operación para principios de julio. De esa manera tendrá todo el verano por delante para que le cicatrice la piel, y podrá empezar el colegio en septiembre sin ninguna preocupación.

G. G. baja la mirada, se acaricia el lunar en el codo izquierdo y dice algo que suena a «Laúd».

–¿Cómo dices?

–Me gustaba tanto el mío que le puse nombre, se llama *Laúd* –murmura G. G. con una sonrisa, y veo que mamá lanza una mirada breve pero cargada de intención a papá, como para decir: «¿Ves a qué me refiero? Se le está yendo la cabeza...», y que papá mira con ferocidad a mamá como para decir: «Cállate».

Es una situación que no me apetece nada presenciar, así que me escabullo otra vez a mi cuarto.

Cuando regreso a la cocina, el ambiente ha vuelto a cambiar porque es hora de empezar a prepararse para ir a misa y mamá le ha pedido a papá que la ayude a recoger todo lo del desayuno y papá lo está haciendo sin pronunciar palabra.

A las diez y media nos montamos en el coche de papá y él retrocede suavemente por el sendero de entrada y nos dirigimos a la iglesia. Voy en el asiento de atrás con el cinturón de seguridad puesto y mientras avanzamos poco a poco por las hermosas calles bordeadas de árboles de nuestro barrio, papá empieza a contarnos una historia.

–Recuerdo una vez cuando tenía tu edad, Solly, y pasaba unas semanas a solas con mi padre. Mi madre, como siempre, se había ido a hacer uno de sus viajes. Erra y un amigo suyo

sugirieron que nos reuniéramos todos el domingo para ir de pícnic a Central Park.

–Perdona, Randall –dice mamá–, pero tengo que advertirte que no acabas de parar en las señales de stop, sólo reduces la marcha.

–¡Qué emocionado estaba! Me moría de ganas de que llegara el domingo, pero justo cuando teníamos la cesta del pícnic preparada y estábamos a punto de salir de casa, empezó a llover a cántaros.

–Me refiero a que «stop» significa «parar», cariño, ¿verdad? –murmura mamá, y acaricia suavemente la mano de papá sobre el volante–. No querrás que Sol piense que las normas de tráfico son opcionales, ¿eh?

Papá suspira y obedece, sólo que ahora frena bruscamente a propósito cuando llegamos al stop de cada manzana, como para hacer hincapié en que está obedeciendo.

–¿Así que tuvisteis que suspenderlo? –pregunto, para que vuelva a su historia.

–No, no... Fuimos a su casa en el Bowery y celebramos el pícnic... ¡en el suelo!

–¿En el suelo? –dice mamá con una mueca–. Teniendo en cuenta la reputación de Erra como ama de casa, debió de ser una comida más bien... bueno, ¡polvorienta!

–Fue una comida estupenda –replica papá, que frena bruscamente y acelera con la misma brusquedad–. A decir verdad, fue una de las comidas más maravillosas que he probado.

–Sea como sea –dice mamá, transcurridos unos momentos–, me pregunto si podrías pedirle a G. G. que se abstenga de fumar en casa.

–¡No fuma en casa! –responde papá–. Sale fuera a fumar.

–Bueno, por lo que sé, la galería es parte de nuestra casa –señala mamá–. No sólo eso, sino que fuma en presencia de Sol, que puede inhalar el humo, lo que podría afectar a sus pulmones.

–Tess –dice papá, mientras se incorpora a una carretera sin más señales de stop, gracias a Dios, porque empezaba a marearme un poco con tanto meneo adelante y atrás–. Erra es una de

mis personas preferidas y me gustaría de veras que intentaras que se sintiera como en su casa en las pocas ocasiones en que viene de visita, más o menos una vez cada tres años.

–Ah –dice mamá, al borde de las lágrimas–. Porque el sucu-lento desayuno que os he servido, en el que he invertido una hora de preparación y una cantidad considerable de tiempo y dinero a la hora de hacer la compra ayer..., ¿no estaba a la altura de tu estándar de hospitalidad?

–Claro que sí, cariño. Claro que lo estaba. Lo siento.

–Da igual lo que haga, parece que nunca consigo que estés contento en lo que a Erra respecta. Es como... una diosa o algo por el estilo...

–He dicho que lo siento. Te pido disculpas. ¿Qué quieres que haga, que pare el coche y me ponga de rodillas?

Justo entonces llegamos a la iglesia y papá aparca el coche.

–Francamente, Randall, yo diría que no soy yo ante quien debes arrodillarte, sino Dios. Yo diría que te convendría rezar en serio para averiguar por qué la llegada de tu abuela te hace ponerte tan increíblemente hostil con tu esposa.

–¿Por qué no va G. G. a misa? –pregunto, mientras los tres nos sumamos a la marea de fi eles que convergen hacia las puertas de la iglesia a un paso ni rápido ni lento.

Hay matas de pensamientos blancos y púrpuras a ambos lados de la acera, y un césped pulcramente cuidado que las mantiene bien arraigadas. Esto sí que es estructura; esto me gusta.

–Porque no cree en Dios –dice papá sin más, como si me contara que prefiere la Pepsi a la Coca-Cola.

La idea de no creer en Dios me parece ridícula, pero, a juzgar por la expresión de mamá, salta a la vista que va a estar impaciente por reanudar esta conversación en el trayecto de regreso a casa.